

LA VIDA QUE VIENE

por Francisco-Manuel Nácher

Aunque generalmente se piensa y se escribe, y se actúa como si así fuese, que discurremos a través de la vida, la realidad es que la que discurre es la vida. Nosotros estamos quietos, somos siempre los mismos - tenemos la certeza de que, por muchos años que pasen, uno es el de siempre - y, sin embargo, es la vida, son los acontecimientos, las circunstancias, los hechos, los que van acercándose, afectándonos y dejándonos, como se nos aproxima, nos abarca y nos abandona la corriente de un río en el que nos bañamos. El Yo es el mismo. Sólo extrae sus impresiones y sus conclusiones acerca de esa corriente que se le acerca, lo empapa y lo olvida. El tiempo, pues, no es importante. Lo importante es en qué lugar del río de la vida nos situamos y qué parte de la corriente nos afecta. No pasan, pues, años, sino que pasan, en el más exacto sentido de la frase, “cosas”.

Esas “cosas”, esos acontecimientos, esos sucesos, esas personas, están ahí desde antes de nacer nosotros, están previstas en sus grandes rasgos, y lo que se espera de nosotros es que aprendamos a desenvolvernos en medio de ellas, que representemos lo mejor posible el papel que, también de antemano, tenemos asignado.

Vista la vida así, se comprende que el hombre no sea capaz de comprender el tiempo y que éste se le encoja y se le estire ante sus ojos, sin explicación razonable alguna y que, además, le envejezca sin que se dé cuenta ni entienda por qué. Y es que ése es nuestro papel en el gran teatro del mundo. O, por mejor decir, en el gran cine del mundo, puesto que la película de nuestra vida es anterior a nosotros en casi todos sus detalles, y deja poco margen a la improvisación. En efecto: Tenemos muchos condicionantes físicos derivados de los padres y, además, nuestro karma maduro, nuestro hogar, nuestro ambiente, nuestro cónyuge, nuestros hijos, nuestros parientes y amigos... Prácticamente, todos los elementos importantes intervinientes en nuestra vida son predeterminados y, por tanto, inmutables. Son, pues, ellos, es la propia vida la que viene a nosotros, nos hace vivirla y nos abandona luego. Y nosotros, que creemos estar actuando y dominando los elementos, no sólo del escenario sino entre

bastidores y aún en el patio de butacas, nos sentimos enfermos cuando el papel así lo exige, y nos sentimos viejos por exigencias del guión y creemos morirnos cuando así lo dice el libreto de la obra que representamos. Pero, cuando sabemos que todo es ficción, que éste es un mundo de ilusiones, que el tiempo no existe y que los acontecimientos sólo tienen por finalidad ayudarnos y enseñarnos a representar fielmente el papel, cambia nuestro concepto de la vida y se esfuma nuestro temor, tanto a ella como a la muerte.

Vale la pena meditar sobre la vida desde este punto de vista y profundizar en el valor relativo de todo lo que nos parece ordinariamente tan importante. Este punto de vista justifica la existencia de los profetas y explica la posibilidad de las profecías y se compadece con la afirmación oculta de que *“los acontecimientos proyectan su sombra hacia delante”*.

Y no se me diga que esta concepción de la vida contradice algo ya aceptado. He dicho que nos queda poco margen para la improvisación, para lo que, en términos teatrales, se denomina "morcilla", pero nos queda lo suficiente, y eso que nos queda hace posible el ejercicio de la epigénesis, de nuestra aportación al papel que, de modo determinante, condicionará el siguiente papel que se nos asigne para representarlo en la próxima función de nuestra evolución.

* * * _